

ella sabía que él era básicamente un homosexual que representaba una escena de puños y cama para enganarse a sí mismo". Louise fue una de las mujeres de Chaplin. Al final de sus días escribió, como nos lo recuerda el cronista, que ahora por lo menos comprendía que su belleza fue una bendición y que no haber sabido comercializarla fue la maldición.

La crónica del periodista colombiano Gerardo Reyes, "El encantador de serpientes", nos cuenta las andanzas de Baruch Vega, el infiltrado de la Dea del que nunca se supo bien en qué bando trabajaba. Es más: de este artículo se desprende que quizá nunca se ha sabido de qué lado ha trabajado la Dea entera. Timador perfecto, cobraba gruesas sumas a los narcotraficantes colombianos para que Estados Unidos los olvidara. Y lo increíble del asunto es que, además, ¡cumplía! No sólo eso: los invitaba a grandiosos paseos en la Florida, con yate incluido, con protección e inmigración aseguradas por parte de las autoridades estadounidenses. "Por lo menos diez narcotraficantes arrepentidos viajaron a Orlando a visitar el mundo de Disney con el permiso de la Dea", nos cuenta Reyes. Vega ha sido, entre otros, el hombre clave en el acercamiento entre ese paranoico inteligente que es Carlos Castaño y el gobierno de los Estados Unidos. ¿El secreto del éxito para este bogotano? Muy sencillo: "Mi papá nos decía: 'Si corres detrás de las mujeres lindas, ellas te llevarán a los hombres de más éxito en el mundo entero'". Y afirma, para terminar: "Yo quiero que quede claro que mi trabajo siempre ha sido sacar de, no meter colombianos a la cárcel".

Ricardo Santamaría nos regala una crónica basada en sus años como embajador de Colombia ante el gobierno de Fidel Castro. "El hombre detrás de Fidel" es Carlos Lage, un político que dice no tener ninguna ambición personal dentro de un gobierno revolucionario. Las palabras de Lage son toda una apología de la Revolución. "Oyendo hablar a Carlos Lage, —dice Santamaría—, de crecimiento económico, déficit fiscal,

inversión extranjera, presupuesto anual, por momentos uno se olvida de que Cuba es un país socialista y que su gobierno persiste en la idea de continuar por ese camino". Santamaría intenta desentrañar la grandeza que hay en la posición de estos hombres aislados frente al mundo: "Y no puede uno dejar de pensar, independientemente de los sentimientos que tenga frente a Cuba, que hay algo heroico en la vida de estas personas, enfrentadas a muerte a la nación más poderosa de la tierra".

Fernando Gómez hace una visita al Museo del Prado en Madrid, y a sus restauradores de cuadros, en la que mezcla con fortuna la información técnica con el chismorreo. Álvaro Sierra se basa en una visita que hizo al Tíbet en 1999. Lo que nos cuenta no es nada nuevo, y me pregunto si era preciso hacer tan largo viaje para eso. Se me ocurre que, si nos hubiéramos tenido que inventar una crónica viajera, habríamos escrito más o menos lo mismo que escribe Sierra.



En opinión de este reseñista, las dos crónicas más atractivas de este volumen son ambas viajeras: la visita a Praga de Rodrigo Fresán, quien es, hoy por hoy, a pesar de lo poco que lo conocemos en Colombia, uno de los mejores escritores argentinos, y "La cuna de la mafia", un delicioso viaje por Sicilia del colombiano Alfredo Molano. Sorprende la prosa ágil y efectiva de alguien que ha sido

el narrador de los conflictos sociales, metido en otros terrenos. Molano, a través de su búsqueda de la naturaleza de la mafia, como hubiera podido hacerlo sobre los coccaleros del Guaviare, aprovecha para hacer una reflexión sobre el papel de la crónica. "El calor es tan grande que, se diría, suena al caer". Y sobre todo, no olvida las menciones literarias más célebres sobre Sicilia, empezando por Píndaro y Empédocles: Durrell, Lampedusa y su Gatopardo y, desde luego, Marguerite Yourcenar, autora de la mejor y más conmovedora descripción que del Etna se haya hecho alguna vez.

Un mundo muy raro, en suma, el de estos Violy, Baruch, Natalio Félix, Vladimiro Illich, etcétera, seres que de raro no tienen solamente sus nombres de pila.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Botero, cincuenta años

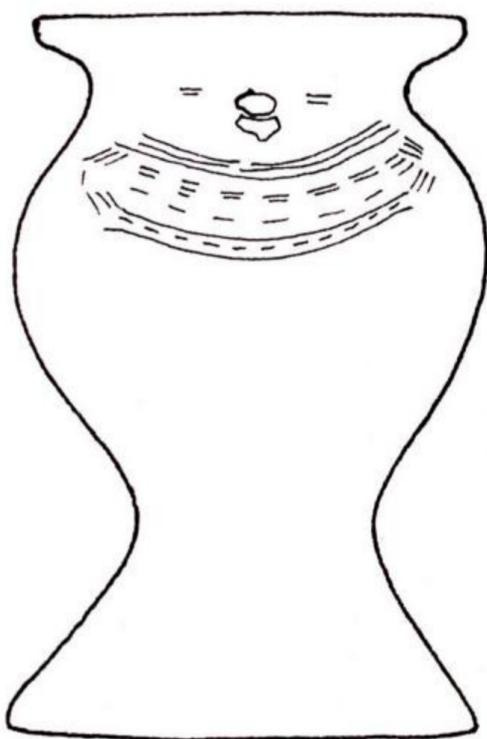
Fernando Botero.
Cincuenta años de vida artística
Varios autores

Antiguo Colegio de San Ildefonso,
Ciudad de México, 2001, 169 págs, il.

El 15 de junio de 1951 un pintor antioqueño de 19 años de edad llamado Fernando Botero presentó su primera exposición individual en Bogotá. Se había establecido cinco meses atrás en la capital colombiana, tal vez animado por la venta que hizo allí mismo, en 1949, de su acuarela *Jornaleros*, obra que pintó en Puerto Berrío, donde estuvo de paso en camino hacia Barranquilla porque quería conocer el mar.

La exposición, que fue un éxito de público y de ventas, tuvo lugar en la sala de recibo de la Galería Foto Estudio de Leo Matiz (1917-1998). Fueron exhibidas veinticinco obras en diferentes técnicas (acuarelas, dibujos, aguadas y óleos) y con esti-

los tan disímiles, que parecía “un Salón Nacional pintado por mí mismo”, según recordaría el pintor decenios más tarde. El modesto catálogo tenía impreso en cubierta la acuarela *Mujer llorando* (1949), que es una de las claves temáticas de Botero y, con el tiempo, se convertiría en paradigma de su obra temprana. Importantes críticos, como Walter Engel y Casimiro Eiger, prestaron atención a la muestra, si bien expresaron reservas por lo que parecía ser una obra pintada con premura; según Engel, quedó la duda de si se trataba de “un habilísimo prestidigitador”, o de “un verdadero talento”. Eiger, por su parte, consideró que Botero adolecía de un “primitivismo técnico”, pero destacó la audacia y el talento de quien buscaba superar las limitaciones locales que enfrentaba; en su opinión, se trataba de un verdadero nuevo talento.



Los cincuenta años de vida artística de Botero se conmemoraron con una exposición integrada por 81 óleos, 14 esculturas y 33 dibujos y obras en técnica mixta de su colección personal. Presentada en Ciudad de México en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, fue inaugurada el 20 de marzo de 2001 y permaneció abierta durante tres meses. La primera edición, de siete mil ejemplares, del catálogo se agotó en menos de un mes, y para la segunda se abrió

una lista de espera. Al final, la muestra fue visitada por 190.000 personas, cifra verdaderamente asombrosa.

Se trata de una publicación de lujo en pasta dura, fino papel, diagramación sobria y separaciones de color bastante buenas. Contiene, además de varias fotografías que ilustran distintas etapas de la vida del pintor, dos textos escritos por Álvaro Mutis y Miguel Ángel Echegaray, así como una entrevista de Eduardo García Aguilar. Lamentablemente, no fueron incluidas las fotos en blanco y negro de seis acuarelas de 1949 exhibidas en San Ildefonso, y que formaron parte de aquella primera muestra en Bogotá.

Es extraño que para este homenaje Álvaro Mutis haya decidido “actualizar”, por decirlo de manera diplomática, un texto que fue publicado en 1970 en un catálogo de la Galería Buchholz de Múnich y reproducido en el *Magazín Dominical* de *El Espectador* el 15 de noviembre de 1970 (pág. 3). Titulado ahora “Fernando Botero, ayer y hoy”, en el nuevo párrafo de entrada que agregó, el poeta hace su aporte al mito de que la alta cotización del artista es fruto de su dedicación a la creación, sofisma que sólo se ha cumplido en contados casos. También advierte que regresará a las páginas que escribió en el pasado:

La obra de Fernando Botero es hoy la que tiene en el mundo entero la más alta cotización en el mercado de las artes plásticas. Sería largo discurrir cómo esta merecida situación la ha ganado el artista merced a una entrega desvelada y constante a su trabajo creador [...] Para recorrer este camino de Botero, así sea en forma sucinta y descansando en entrañables recuerdos de una amistad que va para el siglo, quiero volver a testimonios míos que han quedado en páginas, hoy, tal vez, olvidadas. [pág. 15]

Cuando Mutis llegó a México, huyendo de un proceso judicial que tenía en Colombia, fue recibido por Botero en el minúsculo apartamen-

to en el que vivía con su esposa de entonces y su primogénito. Según cuenta el poeta, muchas veces lo acompañó en largas caminatas para ahuyentar los “insomnios de buzo” que padecía el pintor. Así que es una lástima que un testigo de excepción no haya emprendido un recuento más completo y detallado de la experiencia mexicana de Botero, tratándose de un aspecto poco conocido de su biografía artística.



Con todo, la sintética interpretación que ofrece, basada en la obra del pintor hasta 1970, es brillante y en ella se filtran algunas anécdotas que arrojan luz sobre el proceso que vivió el pintor en el país azteca. Para Mutis existían dos Boteros: el gran conocedor de la historia del arte, y sobre todo, el “monstruo de endemoniada lucidez, que registra, con el ojo implacable de un felino en acecho, la cotidiana y sandia existencia de sus semejantes” (pág. 9).

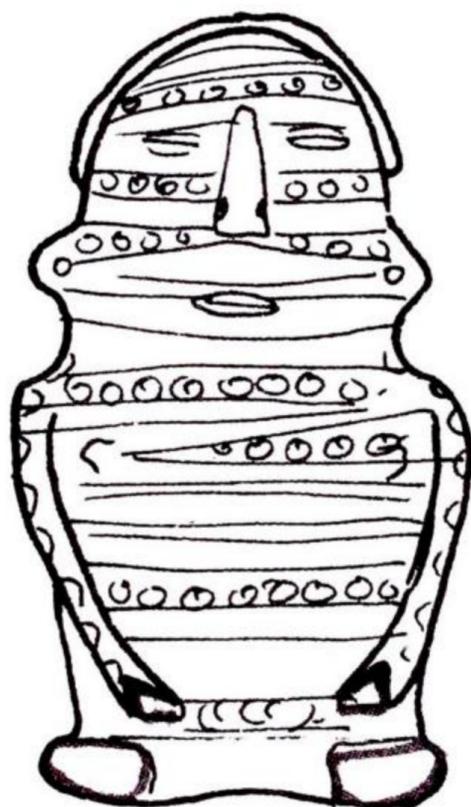
El ensayo de Miguel Ángel Echegaray, “Fernando Botero: una nueva escala en México”, es un buen recuento de la trayectoria artística del colombiano, en la que aporta algunos datos de interés, aunque predomina el lugar común, como ya se ha vuelto común en las publicaciones sobre Botero. En la entrevista de Eduardo García con el pintor, se tratan motivos generales abordados de manera somera, tales como el placer de pintar, lo que significa la fama y el éxito comercial, la donación hecha a Colombia, fugaces recuerdos

de la experiencia en Bogotá y Europa, el paso a la escultura, la relación con México (y una revelación: “Yo viví en México como turista”, indicando que no se integró a las escuelas o tendencias mexicanas). No se aborda una revisión detallada del medio siglo que se celebra ni contiene recuerdos novedosos del pasado. Incluso contiene una pequeña errata: el pintor asevera que la exposición de 1949 fue en marzo, cuando en realidad se abrió en junio.

Aparte de *Mujer llorando* (1949), la exposición en San Ildefonso, curada por el propio Botero, ofreció tres obras de los años cincuenta, entre las que sobresale *La apoteosis de Ramón Hoyos* (1959), que en el catálogo figura como *Homenaje a Ramón Hoyos*, así como una de las versiones expresionistas que hizo el pintor sobre el Niño de Vallecas en 1959. De los años sesenta sólo se incluyó *Ecce Homo* (1967), que muestra la influencia recibida por entonces del arte colonial hispanoamericano. Las demás telas están fechadas en su mayoría en los tres últimos decenios, entre las cuales hay varias obras maestras, como es el caso de *La viuda* (1997), *Picnic* (1989), *La orquesta* (1991), *El presidente* (1989) y *La primera dama* (1989), así como *Después de Piero della Francesca* (1998), la enorme versión boteriana del retrato de Federico de Montefeltro y su esposa. También se presentaron cuadros de la polémica serie sobre la violencia en Colombia, entre los cuales sobresale por su calidad pictórica y testimonial *El desfile* (2000), una procesión fúnebre que pasa junto a un pueblo monocromático destruido.

La colección de dibujos es magnífica y corrobora la gran maestría alcanzada por Botero como dibujante, así como su admiración por Ingres. De excepcional delicadeza y perfección son *Picador en la plaza* (1986), *Naturaleza muerta con mandolina* (1997) y *Una pareja* (1997). Dos grandes telas dibujadas con sanguina, tituladas *Naturaleza muerta* (fechadas en 1973 y 1974), ponen de manifiesto las innovaciones conseguidas con esta técnica, tradicio-

nalmente limitada al papel en pequeño formato. Búsquedas sorprendentes de texturas en la superficie, mediante la utilización del papel amate, fabricado por artesanos mexicanos, se encuentran en piezas como *Ángel de la guarda* (1992), en la que un etéreo y macizo ser alado protege a un pintor mientras trabaja en el caballete, y *Mi habitación en Medellín* (1999), en la que el artista se presenta durmiendo.



Dos esculturas de gran formato, *La mano* y *Mujer fumando*, adornaron la entrada y uno de los patios de la sobria edificación de piedra, decorada con frescos de José Clemente Orozco. Entre las piezas de pequeño formato, que posteriormente son agrandadas hasta alcanzar dimensiones monumentales, cabe destacar *Centauro y ninfa* (2000), por el desarrollo que hace de la temática mitológica, abordada antes con piezas como *Rapto de Europa* y *Esfinge*, ausentes de la muestra. Esta exposición viajó a Estocolmo, donde fue exhibida en el Museo de Arte Moderno entre septiembre y noviembre de 2001.

La celebración de medio siglo de vida artística se hizo muy a la manera de Botero, quien como curador de la exposición no parece muy afecto al pasado y prefiere el presente y el futuro. Por lo tanto, no se trata de

una revisión histórica en sentido estricto ni de una reconstrucción de época. Es más bien una exposición que, aunque admite marginalmente los cambios experimentados hasta mediados de la década de 1960, se concentra en mostrar la coherencia pictórica de su obra, la profundización en los temas, las variantes adoptadas —no siempre convincentes— y el cambio de paleta, en virtud del cual da mayor importancia a los colores locales encendidos.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Gold Museum

EFRAÍN SÁNCHEZ CABRA

On 22 december 1939, the Banco de la República, the Central Bank of Colombia, purchased a 23.5 centimetres-high pre-Columbian gold artefact weighing 777.7 grams that was to become the Gold Museum's foundation stone. Described as a Quimbaya poporo, it is a masterpiece of pre-Hispanic goldwork, an object of beauty whose brightly burnished body and neck, crowned with four sphere-like ornaments, rest on an exquisite cast metal filigree base and which seems to float in a space of its own. The beholder cannot but leap up in amazement, and feel joy and admiration for those who made it.

The purchase of the poporo reflects a great deal of genuine official concern about the protection of treasures that were beginning to be regarded as part of Colombia's national heritage. This is clearly expressed in a number of documents relating to the new acquisition. In March 1939 the Ministry of Education sent a note to the Central Bank's Executive Committee, urging them to “buy, to preserve them, the gold and silver artefacts of indigenous manufacture and from pre-Columbian times, which the Ministry would buy at their material value”¹. In the same letter,